

blema, y no vio más salida que poner la confianza en pequeños islotes, marginales a la sociedad contemporánea, en los que se mantiene el sentido personal de las relaciones. Ross Poole, que evoca esa tesis, no la comparte: pensar así es —afirma— caer en una actitud retrógrada, que se aísla de toda posibilidad de recuperación, como lo confirma —señala— el hecho de que los ejemplos que ofrece MacIntyre de comunidades norteamericanas depositarias de sentido moral y de tradición son, de hecho, comunidades cerradas sobre sí mismas y, a fin de cuentas, enclaustradas.

La solución —continúa— debe buscarse de cara al futuro, un futuro del que nada sabemos, pero hacia el que han apuntado algunos planteamientos utópicos, como el de Marx cuando soñaba con una sociedad en la que se hubieran superado los intereses de clases o el del feminismo en la medida en que connota una continuidad entre lo público y lo privado. En todo caso —concluye— es necesario superar la modernidad y soñar con un mundo en el que la moral sea de nuevo posible. Nada garantiza que eso vaya a ocurrir, pero cabe, al menos, confiar en que así sea.

El libro de Poole contiene múltiples análisis y consideraciones interesantes. Su concepción de la moral y su afirmación de la interacción existente entre planteamientos éticos y estructuras sociales, van, a nuestro juicio, al fondo del problema. Compartiendo también su crítica al arcaísmo de algunas páginas del MacIntyre de *Tras la virtud* nos parece también acertado, aunque su apuesta por un utopismo del futuro no constituye, ciertamente, un sustitutivo mejor. A decir verdad, aflora ahí un agnosticismo, que subyace también a otros puntos de su obra, que conduce, como única salida, a la confianza en la historicidad. Por nuestra parte, y si parece necesario ofrecer una

solución, dirigiríamos más bien la mirada a la familia y a los otros ámbitos de relaciones personales hoy existentes y, en última instancia, al hombre mismo en cuyo ser late la capacidad de infinito, más concretamente, la llamada de Dios.

J. L. Illanes

José Luis ESPINEL, *El pacifismo del Nuevo Testamento*, ed. San Esteban, col. «Paradosis» n. 8, Salamanca 1982, 237 pp., 13 x 20,5.

No es infrecuente que, en ocasiones, el cristiano tenga que habérselas con objeciones de tipo histórico al pretendido pacifismo por parte de la Iglesia y de los cristianos en general. La historia, ciertamente, ofrece datos para todos los gustos. Sin embargo, quizá se le pasan al cristianismo facturas que resultan algo abultadas; o, al menos, se olvidan demasiado rápidamente las deudas contraídas con una fe cristiana que ha hecho posible, a pesar de algunas sombras, la alta estima contemporánea sobre los derechos humanos o el respeto a la vida, por citar unos ejemplos.

No es un libro apologético el que ahora nos ocupa, en el sentido negativo que a veces toma esta expresión. Tampoco trata de la historia de la Iglesia. Pero aborda uno de los puntos que en la actualidad da lugar a polémicas: ¿pacifismo hasta qué punto?; ¿de qué tipo es el «pacifismo cristiano»?; ¿radicalismos en favor de la paz?; ¿qué imagen de Dios está implicada en la cuestión de la paz?; ¿qué se puede deducir de la conducta y palabras de Jesús y del Nuevo Testamento?

El A. pasa revista al tema. Un primer capítulo se ocupa de los movimientos políticos y sociales del tiempo de Je-

sús: ¿hay que defender a Jesús de la acusación de «violento»? El segundo capítulo aborda la actitud, las palabras y la conducta de Jesús respecto de la paz en sentido amplio: «Personalmente ha optado por una no violencia dinámica y comprometida (...). Hemos comprendido, después de la resurrección, que el pacifismo de Jesús es un dato cristológico de suma importancia y que en él está implicada la Trinidad», concluirá el A. (p. 11). San Pablo será el objeto de examen en el capítulo III: «San Pablo habla ampliamente del tema del pacifismo, tanto vinculándolo a las esencias religiosas: Dios, el Reino, Jesús, el Espíritu, como a la vida diaria. La vida de cristiano es para este apóstol una lucha pacífica cotidiana para la que se necesita vivir en intimidad con Dios» (p. 11). Finalmente, las Cartas Católicas y el Apocalipsis remodelan «las respuestas sobre el pacifismo, pero siempre se conserva la orientación hacia la revelación y la práctica del pacifismo de Jesús» (ibid.). Unas reflexiones finales abordan la paz como tema mayor del Nuevo Testamento y las consecuencias que se deducen para la vida cristiana actual.

El mensaje central del libro es que el ideal cristiano de fraternidad no es algo accidental y periférico en el universo cristiano. El perdón, la misericordia, la paz, no son afirmaciones tácticas o pragmáticas sin más, sino dimensión interna de la fe.

Y de aquí le surge al lector una ulterior pregunta. La Iglesia no niega el derecho a la legítima defensa ante la agresión injusta (cfr. *Gaudium et Spes*, n. 79, citado por el autor). ¿Supone esta legítima defensa una «excepción» al pacifismo del Nuevo Testamento? Sería la segunda parte del problema, que queda abierta.

Juan Luis LORDA, Moral. El arte de vivir, Ed. Palabra, Libros MC, Madrid 1993, 287 pp., 13,5 x 20.

Cuando el teólogo mantiene viva e inmediata su preocupación pastoral, aparecen libros como el que nos ofrece el profesor Juan Luis Lorda. Se trata de un libro de moral, campo de la teología que no es directamente el que su autor trabaja. Este hecho podría sorprender un tanto, pero es que el interés de Lorda por la moral no es aquí —y así cabía esperarlo— meramente teórico, como el del moralista profesional que se dedica al estudio de problemas abstractos y de su aplicación mediata a lo concreto. A Lorda le interesan en este libro las cuestiones morales vividas, las que le presentan sus alumnos de la universidad. Ese es el contexto de esta obra y esta es la clave para comprenderla.

El libro tiene tres partes, encabezadas cada una de ellas con títulos emblemáticos: *Verdad*, *Respeto*, *Gracia*. La primera de ellas (*Verdad*) se ocupa de algunas cuestiones fundamentales en moral, como la discusión de lo que es y no es la moral, la voz de la naturaleza, la conciencia, la debilidad humana y la libertad. En cuanto a la segunda parte (*Respeto*) los temas que se abordan son la relación del hombre con las cosas, con los demás, consigo mismo —sexo y familia, madurez personal, etc.— y con Dios. Así queda introducida la tercera parte (*Gracia*) en la que ya se trata del nivel específicamente cristiano: el misterio cristiano (pecado, sufrimiento, Cruz, resurrección), el cuerpo de Cristo (la Iglesia), y el espíritu de Cristo (filialidad, seguimiento, etc). Termina el libro con una interesante nota bibliográfica para quienes deseen ampliar sus conocimientos con lecturas de diversa índole, pero siempre relacionadas con lo que Lorda ha querido ofrecer al lector.